

murmullo de largas aclamaciones; de tal suerte que se veía obligado á pararse, y á ser él mismo el oyente de sus propios elogios: Tentacion peligrosa para un Orador menos modesto que él; pero estos publicos, y frequentes testimonios de estimacion, y de aprecio no dejaron ver jamás señal alguna de complacencia, y de vanidad en este grande Hombre; y siempre bajaba del Pulpito tan humilde como havia subido.

Su voz se acomodaba á su semblante, á su estilo, y á todas las acciones de su persona; nada havia en él que oiese á declamador. El Manà que Dios hacia llover sobre su boca, y que podia compararse al que Moysés hizo conservar en un vaso de oro fino, para que sirviese de monumento á la posteridad: este Manà delicioso, digo, se acomodaba á todos los gustos; la diversidad de espíritus esparcidos en el numeroso Auditorio se reunia para admirarle; parecia que todo Israel congregado no era sino un hombre solo como habla la Escritura, por la uniformidad del juicio ventajoso que hacian de él. El Sabio Christiano que oculta en su corazon la semilla de la palabra, para sacar fruto de ella, está mas contento que el vano admirador, que dando las alabanzas, busca la de un discernimiento proprio de dispensarlas.

Por lo demás; fuera de la advertencia que se ha hecho en el cuerpo de la Obra sobre el Sermon de la Resurreccion, nos hemos visto obligados á hacer antes aquí otra sobre el segundo Sermon para el tercero Domingo de Adviento.

El Autor habla en él del conocimiento proprio. Verdad es que el tercer punto que havia propuesto en la division; no se halla en la serie del Discurso; pero los dos primeros, que tienen una proporcionada extension, nos han parecido de tan rara belleza, que se huviera creído defraudar considerablemente al público, y aun en alguna manera á la gloria del Autor, el suprimir unos fragmentos de tan gran precio.

*Añadese un segundo Sermon para el dia de Natividad, que el Señor Abad Flechier su Sobrino nos ha embiado para hacer participante al Público de él; este se hallará al fin del Tomo segundo de los Sermones Morales.*

SER-



## S E R M O N

PARA EL DIA

DE TODOS SANTOS:

PRONUNCIADO DELANTE DEL REY  
en la Capilla de Versalles.*Beati qui esuriunt, & sitiunt justitiam.*

Bienaventurados los que han hambre, y sed de Justicia; esto es, dichosos aquellos, que desean ardientemente llegar á ser Santos.  
*En San Matheo cap. 5. v. 6.*

SEÑOR.



Yo no tuviese que hacer sino establecer aqui las ventajas de una felicidad humana, y el esplendor de la gloria del mundo, no tendria que ir lejos á buscar estas ideas pomposas de grandeza, y de fidelidad, y bien presto hallaria en V. M. rica, y abundantemente materia para ello. Yo haria con gusto la pintura de un Rey, á quien arregla la justicia, gobierna la prudencia,

el

el valor anima, la victoria corona, admira la tierra, y protege el Cielo. Yo le describiría como él es en sí; quiero decir; tan poderoso, que la Europa entera envidiosa, y coligada, no puede sufrir, ni sus fuerzas, ni su valor: tan moderado, que ofrece voluntariamente la paz, quando es Señor de la guerra: tan prudente, que recibe sin inmutarse la prosperidad, como si la huviera estado aguardando, y la adversidad como si estuviese acostumbrado á ella; tan bienhechor, que en la distribucion de sus gracias, se duda muchas veces, qué se deba estimar mas, lo que dice, ó lo que hace; el beneficio, ó el honor con que le acompaña; tan feliz, que parece de ordinario que las estaciones, y los elementos se acomodan al curso de sus empresas.

Por estos rasgos, Señor, todos reconocerán á V. M. Yo pondría á vuestros pies la corona, como la menor señal de vuestra gloria. Yo pintaría á lo lejos Provincias conquistadas aun en los mas asperos inviernos: rios obligados á vadearse á pesar de la rapidez de sus aguas; un Mar, en donde se verían humeando aun las ruinas de dos Armadas confederadas, andar errantes á la merced de las olas, y de los vientos, y llevar el terror de vuestras Armas sobre todas las Costas de la Sicilia, consternada, y asustada. Yo señalaría vuestras campañas por la toma de muchas Ciudades, y las de vuestros enemigos por algunos movimientos de Exercito, y por haver levantado algun sitio. Yo representaría sus Generales tristes, confusos, huyendo de delante de Mastrich al acercarse vuestro Exercito; y reconociendo, pero muy tarde, que el Cielo no favorece igualmente á todos los Principes; que las acciones ordinarias de unos son temeridades para otros; que con dificultad podian abanzar en dos meses lo que vos haveis acabado en trece dias; y que acabando de forzar á Condé, y á Buchain á su vista, les haviais enseñado á la verdad el arte de atacar Plazas, pero vos os haviais reservado el de tomarlas. Yo trazaría á la orilla del Rhin algunos rasgos mas sombríos, y mas oscuros, que no obstan-  
te no desfigurarian mi pintura, y me acordaria de aquel Rey de Macedonia, que despues de una larga serie de felices su-

cesos, pedía á sus Dioses alguna pequeña desgracia que le hiciese acordar que era hombre, y que le diese lugar á exercer aquella parte de su valor, que aun no havia bien experimentado.

Pero, Señor, el día de oy me elevo sobre todas las felicidades humanas, y olvido por algun tiempo la gloria que os haveis adquirido. Yo no pienso sino en la que debeis adquirir, no sobre la tierra, sino en el Cielo; no por enemigos vencidos, sino por domadas pasiones; no por vuestras propias fuerzas, ó por los votos de los hombres, sino por la gracia de Jesu-Christo, y por la liberalidad de Dios.

Con este fin, Señores, oy día la Iglesia corre todos los velos del Paraíso, y nos hace ver á todos los Santos juntos con toda la pompa, y la magnificencia de Dios que los rodea. Ella se regocija de ver que sus hijos, que ha llevado en su seno virginal, que ha lavado con las sagradas aguas del Bautismo, que ha consagrado con sus mas santas unciones, que ha alimentado con la sangre, y con la sustancia de Jesu-Christo, y que tiernamente ha criado á la sombra de su Cruz, gozan en paz de la herencia eterna que les estaba preparada desde el principio del Mundo. Ella se regocija de ver que se alaba al Señor en sus Santos, que su memoria está aun viva despues de tantos años; que en unos siglos corrompidos, aun se haga justicia al merito de los buenos que nos han precedido, y que en un tiempo en que se hallan tan pocos Santos, aun se venera la santidad. Pero su grande interés no está en estos bienaventurados muertos; están en perfecto descanso, y jamás serán turbados. Sus cuidados, y sus inquietudes son por los vivos que tienen aun que sufrir una larga, y penosa carrera, y están expuestos á mil peligros. Yo seguiré la intencion de esta Madre comun de los Fieles; yo alentaré, si puedo, vuestra fé, y vuestras esperanzas; yo os mostraré el camino del Cielo á que aspirais; y si el espiritu de Dios dá fuerza, y eficacia á su palabra, que os anuncio, quedareis convencidos de que *para ser Santos, no es necesario mas que quererlo, y desearlo; pero quererlo, y*

*desearlo como conviene.* Dirijamonos á aquel espíritu que hace los Santos, por la intercesion de aquella á quien el Angel reconoció por la mas santa, y la mas feliz de las mugeres, quando la dixo:

*AVE MARIA.*

PRIMERA PARTE.

SEÑOR.

**D**IRIASE al principio que hay contradiccion en las palabras de mi texto: *Bienaventurados los que desean la justicia*; porque si la bienaventuranza, segun San Ambrosio, es la pacifica posesion de todos los bienes deseables; ¿cómo se puede desear, siendo ya Bienaventurado? ¿Y cómo puede ser Bienaventurado el que desea? Pero es necesario distinguir dos suertes de felicidades; la una consiste en una plenitud de caridad, y en una union perfecta, y consumada de Dios; la otra consiste en una plenitud de deseo de adelantarse en la perfeccion, y en la justicia; la una vé, y posee al soberano bien, la otra le cree, y le espera. La una es una recompensa que hace á los Bienaventurados en el Cielo; la otra es una gracia que hace á los Santos sobre la tierra. La una está ocupada en gozar de Dios, y esta es la vida eterna; la otra se ocupa en buscarle, y esta es la vida espiritual del hombre. Vida ya casi bienaventurada, porque siendo Dios un ser infinito, puede llenar él solo toda la extension, y capacidad de nuestro corazon, que todos los bienes criados no pueden jamás satisfacer; y además de esto siendo un ser simplicisimo de su naturaleza, basta desearle, amarle, y conocerle para poseerle. Y así, Señores, si me preguntais, ¿qué es necesario hacer para salvarse, y para ser bienaventurado? os responderé sin rodeos, que es necesario desearlo, y quererlo. Pero por quanto cada uno se lisongea de un querer superficial, y de unos deseos imaginarios de su salvacion, pretendo mostraros, que este que-

rer,

rer, ó esta voluntad debe tener tres condiciones; debe ser fuerte, para vencer las dificultades, y los obstaculos que encuentre; debe ser plena, y entera para corresponder á la dignidad de la bienaventuranza que aguarda; y debe ser efectiva, y obradora para merecer las recompensas que le están preparadas. Estas son las tres reflexiones, que compondrán todo este Discurso, y que serán el objeto de vuestra atencion.

Dos falsas ideas se forman ordinariamente de la perfeccion, y de la salvacion. Unos la tienen por fácil; otros la miran como imposible. Los primeros la reducen á ciertas practicas de devocion exterior; una Misá á que se asiste por bien parecer, y algunas veces por necesidad; un Sermon que se oye muchas veces con disgusto, y cuya prolixidad siempre se teme; una Oracion, que se reza por costumbre, y sin alguna reflexion; una Limosna que se dá por acaso, ó por vanidad; una Comunión que tibiamente se recibe con motivo de alguna Fiesta grande; un poco de reforma en los vestidos, pero que no llega al corazon; algunos afectos tiernos de devocion, que mas provienen de un temperamento afectuoso que del fondo de una sólida piedad. Creen, que sin mas incomodarse, y sin violentar sus pasiones, han cumplido con la Ley; que tienen las puertas del Cielo abiertas; y que Dios, demasiado satisfecho de sus buenas obras, no aguarda sino el momento que tiene preparado para coronarlos. No obstante, Jesu-Christo nos enseña que no basta oír la palabra de Dios, si no se practica; que no todos los que dicen *señor, señor*, entrarán en su Reyno; que hay limosnas infructuosas que no tendrán sino algunas alabanzas acá en la tierra por recompensa; que es necesario interrumpir, y dejar hasta el Sacrificio por ir á reconciliarse con su hermano; y que en fin para ser Discipulo de Jesu-Christo es necesario renunciarse á sí mismo, y alcanzar el Reyno de los Cielos con violencias.

Otros por el contrario de todo se fastidian: de nada forman dificultades insuperables. La virtud les parece aspera.

B 2

Es-

Están asustados de Jesu-Christo como aquellos Discipulos de quienes se habla en el Evangelio, y le tienen por un fantasma. Miran á los verdaderos Christianos como á hombres de una naturaleza austera, é insensible, duros para consigo mismos, duros para los otros, y cuya vida es admirable, en hora buena, pero de ninguna manera imitable. Si alguna vez piensan en su salvacion, hallan siempre unas condiciones imposibles. ¿ Como (dicen) se puede ser humilde en la elevacion, y en la grandeza? ¿ Como se ha de impedir en el mundo el pensar unicamente en su placer, en su interes, y en su gloria? Como ha de perdonar quien está ofendido en la parte mas sensible de su honor? ¿ Es uno dueño de su corazon para amar á su enemigo? ¿ Disponer uno de sí mismo; tiene uno la gracia para hacer todo lo que quiere? De este modo, recargando sobre la dureza de los mandamientos lo que solo proviene de la obstinacion de su voluntad, toman á su pereza por impotencia, y creen, ò que no pueden hacer lo que Dios nos manda, ò que Dios nos manda lo que se imagina no poder hacer. No obstante, ninguna repugnancia invencible hay que los impida el trabajar en su salvacion, ninguna necesidad que los arrastre, ninguna estraña influencia que contra su voluntad los corrompa; y esta pretendida imposibilidad, no es mas que una señal de su obstinacion, y un pretexto á su cobardía.

Yo desde luego condeno estos dos extremos igualmente viciosos. No digo que sea facil llegar á ser Santos. No permito Dios que yo ensanche el camino estrecho que Jesu-Christo nos ha delineado en su Evangelio, y que adelgazando su verdad, sea prevaricador de mi ministerio. Tampoco digo que sea imposible. Infeliz de mí si viviese á hacer pesado el yugo del Señor, y á poner á mi arbitrio límites á su Misericordia, y á su Poder. Pero digo que es difícil, y de consiguiente es necesario un deseo ardiente, y una voluntad firme para vencer todos los obstaculos que cada uno halla en el negocio de su salvacion.

La primera dificultad proviene de la corrupcion de nuestra naturaleza. Dos cosas hacian facil al hombre la virtud antes del pecado, la justicia, y la verdad. La verdad illus-

ilustraba su espiritu; la justicia reglaba su acciones. La verdad le daba un conocimiento claro de todas sus obligaciones; la Justicia le daba una feliz inclinacion á cumplirlas. De este modo libre su razon de todo error, y re-frenando la concupiscencia, y la codicia su voluntad, se hallaba asegurado en el conocimiento, y en el amor del verdadero bien, no podia menos de practicar con plaecer lo que conocia con certidumbre; y sobre este modelo es sobre el que dice San Pablo, que el hombre nuevo ha sido criado segun Dios en la justicia, y en la santidad de la verdad: (a) *Qui secundum Deum creatus est in justitia, & sanctitate veritatis*. Pero en el estado del pecado nacemos ciegos, nacemos injustos, la ignorancia nos oculta los verdaderos bienes, nuestros deseos nos inclinan, y llevan á verdaderos males, segun las palabras del mismo Apostol: (b) *Veterem hominem, qui corrumpitur secundum desideria erroris*. Y asi estando obscurecido nuestro espiritu por nuestras pasiones, el movimiento por el qual nuestra voluntad se inclina á Dios es un movimiento violento, porque es contrario á nuestras corrompidas inclinaciones; y que si Dios no nos sostiene por una gracia extraordinaria bolvemos á caer ácia nosotros mismos por otro movimiento que es como natural á nuestra flaqueza.

De aquí proviene que no hay virtud que no encierre en sí alguna dificultad, y que los Padres, y los Theologos no se han atrevido á dar el nombre de virtudes á las perfecciones de Dios, porque no siendo su voluntad sino una misma cosa con su justicia, y su poder, no se esfuerza, ni se violenta en el bien que hace. Pero en nosotros hay una contradiccion interior, y un fondo de corrupcion que produce sin cesar movimientos desarreglados, que se oponen al bien que nosotros quisieramos hacer. Lo qual hacia decir al Rey Propheta: (c) *Domine, vim patior, responde pro.*

(a) Ephes. 4. v. 24.

(b) Ibid. v. 22.

(c) Isai. 38. v. 14.

*pro me.* Señor, yo padezco violencia, responded por mí: Como si dixera, añade San Bernardo: (a) Señor, yo quisiera contemplar vuestra verdad; pero una nube importuna que se levanta entre mí, y el Cielo, me la oculta. Yo quisiera correr en el camino de vuestros Mandamientos; pero no sé que invisible cadena me detiene. Mi Alma se me huye, y toma esfuerzo por ir á vos; pero una infinidad de objetos extraños, como otros tantos lazos tendidos para perderla, ó la atraen, ó la retienen. A quien puedo dirigirme, y quien puede responder por mí, sino vos, Dios mio que me habeis impuesto esta dificultad como una pena del pecado, y que podeis quitarmela por un efecto de vuestra misericordia, y de vuestra gracia.

Esta dificultad, que la naturaleza produce, está fortificada por la costumbre. Apenas estamos en el mundo, quando parece que todo conspira à pervertir nuestro juicio. Diríase que todos los hombres nos estaban aguardando para sorprehender nuestra razon. La primera cosa que oímos, son los elogios del luxo, y de la vanidad. La primera cosa que percibimos, es la estimacion que generalmente se hace de la grandeza, de los placeres, de las riquezas, y el menoscupio que se tiene por la humildad, la pobreza, y la paciencia christiana. De este modo rodeados de tantos falsos principios, y arrastrados por este tropél de errados juicios que nos comunican antes que podamos juzgar por nosotros mismos, tomamos el uso por la razon, y la costumbre por la verdad. Apreciamos las cosas por lo que el mundo las estima, y no por lo que valen delante de Dios; y no juzgando sino por las impresiones, que hemos recibido, creemos que es necesario estimar lo que tantas gentes estiman, y despreciar lo que tantos desprecian, y fundamos nuestra felicidad, ó nuestra infelicidad eterna sobre la fè de un error público.

De este principio saca dos consecuencias San Agustín. La primera, que la concupiscencia, y la costumbre forman

en

(a) *Serm. 3. de divers.*

en nosotros una voluntad carnal, que nos hace prontos à desear, audaces para emprender, y firmes para executar las obras del mundo, y del pecado. La segunda, que es necesario oponerle otra voluntad santa, y espiritual, que la resista, que la debilite, y si puede ser, que la destruya. Vosotros comenzais ya à bolver á entrar dentro de vosotros mismos, y decís que quereis vivir una vida mas christiana, y mas exemplar. Pues combatid esa voluntad de agradar al mundo, que os tiene en una ridicula circunspeccion, y que os hace temer pasar por inconstantes, ó por hypocritas. Vosotros deseais socorrer á los pobres con vuestras limosnas; pues arruinad, y destruid ese otro deseo de parecer poderoso, y magnífico, de sostener una qualidad imaginaria, de gastar en vestidos, en muebles, en casas, en equipages, y en otras superfluidades. Vosotros teneis animo de renunciar la murmuracion; pues destruid en vosotros esa inclinacion que os arrastra á saber todo lo malo que se hace, y á creer todo lo que se dice. Cesad de atraeros malignas confidencias, de recoger todas las malas noticias, y de llenar vuestro espíritu de un tremendo cumulo de cuentos, é historias escandalosas; de otro modo derramareis el veneno que huviereis juntado, é infaliblemente vendereis á otro las murmuraciones de que vuestra imaginacion estará cargada. En fin vosotros creéis querer salvaros. ¿Y esa voluntad prevalece á la voluntad de divertirnos, á la voluntad de elevaros, á la voluntad de parecer mas de lo que sois, á la voluntad de vengaros, y á la voluntad de enriquezeros? Sino esa proposicion: Yo quiero salvarme, es una reflexion del espíritu, y no un movimiento de la voluntad. Es un testimonio que se dá de que hay una bienaventuranza eterna, y no una seguridad de hacer lo que es necesario para conseguirla. Es un modo de hablar, de que no se puede sacar ninguna consecuencia. Porque asi como hay vanas protestaciones de amistad, que se hacen mutuamente en el mundo, aún quando por entonces se está en la mayor indiferencia; y que no son sino un comercio de palabras, y de deferencia exterior, que una politica humana ha introducido; asi

tam-

tambien hay ciertas exterioridades que se han introducido en la Religion ; estos son unos modos de hablar que no significan casi nada ; este no es el espiritu de la fè , solamente es una tintura ; es un ayre de Religion , que el bien parecer quiere que se dé quando enteramente no se ha renunciado á Jesu-Christo , ni á su palabra. Pero si no se tiene una resolucion fuerte , y eficaz , de nada sirve decir que se quiere uno salvar ; jamás se salvará ; ¿ qué digo yo salvar ? tampoco se querrá jamás.

Lo que hace difícil esta resolucion es nuestra poca fè , Señores. Si ella fuese viva , y animada , ella nos haría ver que para ser felices , no basta poseer lo que se desea , sino que es necesario no desear nada malo , y que no conviene tampoco desear sino el Soberano bien ; que casi no hay verdadera felicidad entre los hombres , porque ordinariamente les sucede , ò desear lo que no pueden tener , lo qual es un tormento para ellos : ó tener lo que no debieran desear , lo qual es un error , ó no amar lo que convendría amar , y desear unicamente , lo qual es la mayor de todas las desgracias. Esta fè nos enseñaría que las satisfacciones que se buscan en las criaturas , pueden llenar nuestro corazon ; pero que no le pueden saciar ; que su corta duracion no es propia sino para inquietar el espiritu del hombre , que por su natural disposicion desea gozar eternamente de lo que ama , y no se ha hecho sino para un objeto permanente. Esta fè nos haría ver , que nuestra voluntad por su estado propio , y natural , y por las impresiones que ha recibido de su Criador , camina siempre à lo que está mas elevado que nosotros , y busca su perfeccion en su objeto : que su ardor , y su actividad no será jamás satisfecha , hasta que haya llegado á la posesion de aquel bien , que excede á todos los otros ; y que en fin no hay sino Dios en quien sea una misma cosa el ser , y el ser soberanamente dichoso ; y que bastando á su propia felicidad , puede hacer la de sus criaturas.

Este es el defecto de esta fè que nos quita el discernimiento , y el gusto de nuestra verdadera felicidad ; que nos  
hace

hace parecer sólido lo que es frivolo , y frivolo lo que es sólido ; que hace que el tiempo que se nos escapa , nos haga impresion , y que la eternidad que siempre dura , no nos mueva. Algunos rayos de la verdad nos dejan algunas veces llegar á percibir que hay un fin fuera de nosotros , á el qual es necesario referir todo lo que hacemos , y todo quanto somos ; y que hay un Soberano bien que debe ser el termino de nuestro reposo ; pero este bien nos parece estar muy lejos , y las ideas que de él tenemos , son tan obscuras , y tan poco sensibles , que las menores felicidades presentes hacen mas impresion sobre nosotros que esta felicidad Soberana. En lo qual nos sucede lo que à la Brujula , ò aguja de marear , ella se mueve àcia el Norte , adonde se diria que la estan llamando. Gira , y da bueltas con repetidos temblores , y una continua agitacion , buscando el lugar de su reposo ; pero si sucede que halla algunos pedazos de hierro ò de imán por groseros , y toscos que sean , se apega à ellos , se para , y no se acuerda mas del Norte. Tal es la fragilidad , y la ligereza de nuestros deseos. Nosotros dejamos de buscar á Dios , aquel bien infinito , por pequeños bienes , que se hacen sentir ; y disminuyendo nuestra imaginacion la grandeza del uno , y atribuyendo una falsa grandeza à los otros , sucede que este corazon que Dios mismo no podía saciar , se llena de un objeto vano , y percedero.

De aqui viene que la voluntad estando cautiva bajo el yugo de las pasiones , no puede tener sino deseos impotentes , y debiles por su salvacion. Se quiere , y no se quiere ; sabese poco mas ó menos en donde convendria pararse , y se pára uno à todo quanto halla. El mundo arrastra , los negocios ocupan , los placeres divierten , el temperamento no está inclinado al bien. Jamás se tiene recurso á Dios ; no se hace uno jamás violencia à sí mismo , y este descuido produce tres efectos funestos. El primero , que viendo Dios que no quereis vosotros como conviene , no os asiste como seria necesario. El segundo que no teniendo ni aquella voluntad verdadera , ni estos poderosos socorros , la menor tentacion nos arrastra , y nos vence. El tercero es que por falta de esta